

DONDE NACE EL ALBA, de *Nicomedes Guzmán*.

Hace años apuntamos la aparición de un auténtico escritor, cuando asomó en las vitrinas ese tomito de modesta apariencia titulado «Los hombres oscuros», del que la crítica oficial se expresó bien y mal, dejando advertir entre líneas la repugnancia que el tema proletario prende en el lector habitual de libros chilenos. Aquel naturalismo criollo, asentado en la crudeza zolesca, superada a veces en el procedimiento, apretaba la garganta de nuestros comentadores, con razón a veces, desde que el equilibrio del novelista flaqueaba a menudo en la composición del asunto al recaer en complacencias que no beneficiaban al resultado.

«Los hombres oscuros», esbozo de novela, nos da exactamente la línea interior que habría de sostener el escritor en los siguientes libros de ficción, así como la forma en que habría de vaciar la íntima substancia. El arrabal santiaguino, donde se agita y hiede la miseria universal, empuja en las páginas de Guzmán sus tipos sombríos y densos, donde el alma forcejea, sujetándose a la luz que el mundo le alarga cuando el sol se vuelve generoso. Desde «Hombres oscuros» hasta el nuevo título «Donde nace el alba», el círculo de la existencia no se extiende, no se ilumina de otra claridad. Al contrario, pensamos que la existencia de los tipos se ha ido estrechando en el asedio de las fuerzas sórdidas que aplastan al hombre más animoso. En «La sangre y la esperanza» la tragedia arrabalera parece culminar no en el asunto simple y naturalmente sostenido, sino en el montaje del ambiente, donde se acumula la podre, la miseria vergonzante y la bestialidad que estruja un pueblo degradado por el abandono. Muchas de esas páginas muestran tal exceso de porquería, que nos inclinaríamos a pensar en cierta predilección del escritor por tales cuadros, si no supiésemos que Guzmán es autor honrado y digno.

«Donde nace el alba» remueve el ambiente bien conocido

de Guzmán. Desfilan en este libro vagabundos, trabajadores de lance, prostitutas y mendigos. Son visiones noveladas de la vida que agusana las encrucijadas del mundo criollo. Todo el peso de la desgracia se protagoniza en las páginas simples y brutales, y sólo nos libra de la pesadilla la débil llamita que en cada relato asoma entre los crujidos de las almas embrutecidas. ¿Qué llama? Algún impulso liberador de la propia angustia, la ilusión de las imágenes ya muertas, el remordimiento, la ternura del hijo. Tal vez estas lucecillas temblonas en la tiniebla del mundo que capta la obra de Guzmán, sean la razón del título dado al libro. De su lectura queda la impresión de una multitud náufraga que en lugar de alzar sus manos crispadas en busca de socorro, nos da el destello postrero de su destino en sus ojos sin esperanza.

Si bien—hay que insistir en ello—el tema general se repite en todos los libros publicados hasta hoy por este escritor, en el último, algunas de las novelas se plasman con volúmenes y acento de madurez, dándonos en ellas la riqueza interior y la fuerza expresiva que faltan por completo en otras. Tal plenitud la vemos en «Extramuros», donde, sin embargo, encontramos frases que delatan una retórica feble: «Junto a él los hombres estaban silenciosos, oprimidos por un silencio hermético y trágico de galeotes muertos». «Pero tiritaba, como un perro acosado por los corvos del frío». «Y la fragancia de los troncos de eucalipto, que se doblegan enteros entre las muelas de las llamas!».

Quizá la novelita que mejor muestra la tendencia de Guzmán es la titulada «Destello en la bruma», letrero alado y etéreo que corresponde a un trozo de vida de conventillo. Un cuarto, una mujer borracha, que llega a dormir. Más rato llega su hija Ana, que acaba de ser abandonada por su amante. «Dentro, sin preocuparse de encender la luz, buscó a tientas bajo su camastro, la bacinica... Después el tiesto sonó como una pandereta bajo el chorro de los orines». Ana, recordando

la reciente ruptura, suspira y llora en convulsiones que despiertan a la madre borracha. Y la ternura, pugnando en las tinieblas de la vida, bate un instante sus alas. «Anita, Anita, qué te pasa». Luego la madre arrulla: «Pobre hija mía», sin saber qué clase de sufrimiento hería a la hija». «Se desbordó la ternura... Y le besuqueaba el rostro, como seguramente no la besuqueó ni de niña».

La prosa es suelta, libre, vigorosa, y lo lleva a uno fácilmente sobre los altibajos de tantas vidas larvarias.—LAUTARO YANKAS,